

Guía No. 9

Soy el cuerpo de Cristo



¿Qué significa
para mí ser Iglesia?

La Iglesia es una realidad que se nos escapa cuando queremos definirla. Esta es la razón por la que siempre echamos mano de imágenes que nos ayuden a profundizar en lo que es y así decimos que la Iglesia es pueblo, cuerpo, templo... Con todo, siempre queda la pregunta: más allá de estas imágenes, ¿cómo podemos describir a la Iglesia?, ¿qué concepto, qué nombre, es el que más propiamente se ajusta a su realidad?

Para el Concilio Vaticano II dicho concepto fue el de sacramento, y como el sacramento siempre apunta a algo distinto del signo visible que lo constituye, ese algo en el caso de la Iglesia será la comunión. La Iglesia aparece así como el sacramento de la comunión. Para llegar a esta conclusión hay que partir de Jesucristo, que es la revelación definitiva de Dios, y al que nosotros accedemos únicamente a través de la comunidad eclesial, que es la que continúa su presencia en este mundo. Si esto es así, entonces la Iglesia es la que actualiza para nosotros el acontecimiento de Jesucristo y de su salvación definitiva. La Iglesia apunta siempre a Cristo y a aquello que Cristo hizo el centro de su mensaje: la proclamación del Reino de Dios.

La Iglesia es sacramento.

Con la designación de la Iglesia como sacramento estamos, de hecho, en el punto de llegada de la autocomprensión de la Iglesia del Vaticano II, donde se comienza, primero, considerando a la Iglesia como misterio, pasando en segundo lugar a verla pueblo de Dios, cuerpo de Cristo y templo del Espíritu Santo, para terminar considerándola como sacramento, algo que aparece claramente en el comienzo de la Constitución dogmática sobre la Iglesia, *Lumen Gentium*,: “la Iglesia es en Cristo como un sacramento, o sea signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano”. La Iglesia es sacramento porque manifiesta, es signo, del encuentro de Dios con el hombre. Este encuentro se realiza en la fe, la esperanza y el amor. En la fe, porque ella es depositaria de la Palabra que Dios dice a los hombres; en la esperanza, porque la Iglesia ha recibido, conserva y predica las promesas de vida eterna que Cristo nos dejó y en el amor, porque la Iglesia manifiesta de un modo único el amor de Dios a los hombres.

La Iglesia es sacramento porque, además de ser signo, es también medio, instrumento de la unión del ser humano con Dios en la fe, la esperanza y el amor; y en Dios también de la unión de todos los hombres entre sí. En la fe: porque en una misma fe, aceptando la Revelación, nos unimos a Dios, y en una misma fe nos unimos entre nosotros; en la esperanza porque la Iglesia realiza la unión de los hombres con Dios y entre ellos en la misma esperanza de la herencia que Cristo nos adquirió; y en el amor porque, si Pablo VI pudo decir del Concilio Vaticano II que todo su valor se cifraba en su amor a Dios y a la humanidad, la Iglesia realiza su misión cuando conduce a los hombres, como fin supremo, al amor a Dios y al amor a los hermanos, siguiendo el mandato de Cristo.

Cuando consideramos a la Iglesia como sacramento estamos hablando de la relación que existe entre la acción de Dios y la acción de la comunidad de los creyentes en el mundo y para el mundo. Esa relación (que no es otra que la relación entre el Reino de Dios y la Iglesia) ha sido descrita en la historia de diversas maneras: o bien se les ha unido de forma más estrecha o bien se les ha diferenciado más claramente. En los textos del Vaticano II aparece claramente que la Iglesia y el Reino de Dios, tanto en la perspectiva histórica como mirados desde lo que serán al final de los tiempos, han de ser al mismo tiempo identificados y diferenciados (o sea, que no podemos separar totalmente a la Iglesia del Reino de Dios como tampoco podemos identificarlos sin más): la transitoriedad e instrumentalidad de la Iglesia es tan importante como su ser germen y signo del Reino de Dios.

La Iglesia es sacramento de comunión.

Todo sacramento es algo visible que remite a algo que no podemos ver. La Iglesia es signo e instrumento de la comunión de todos los seres humanos con Dios y de unos con otros (que es otra forma de decir que la Iglesia es el sacramento del Reino de Dios). La comunión tiene dos direcciones: es, en primer lugar, comunión con Dios, que siempre ha buscado introducirnos a nosotros dentro de la comunión de vida intratrinitaria, y a partir de ahí, comunión con todos los demás seres humanos. Nuestro ser más profundo se encuentra en ser hijo de Dios y hermano de los demás, algo que encuentra su plasmación más perfecta en Jesucristo, el Hijo por antonomasia y el hermano de todos por lo que entregó su vida.

A ejemplo de la comunión que existe entre las tres personas divinas, que forman una unidad sin que las diferencias entre ellos desaparezcan, la comunión aplicada a la Iglesia (y, en igual medida, a la humanidad) nos habla de la existencia de una unidad a través de las diversas relaciones que se establecen en ella (entre los distintos fieles, las diversas iglesias locales...), unidad que no elimina las diferencias que existen entre los múltiples miembros. La comunión, por tanto, no remite a la uniformidad sino a la unidad en la pluralidad.



“Las lecturas de hoy parecen encontrar un resumen bellísimo en uno de los textos más densos del Concilio Vaticano II, cuando habla de la Iglesia como pueblo mesiánico, dice estas palabras: «Este pueblo mesiánico, aunque no incluya a todos los hombres actualmente, y con frecuencia parezca una grey pequeña, es, sin

embargo, para todo el género humano un germen segurísimo de unidad, de esperanza y de salvación. Cristo que lo instituyó para ser comunión de vida, de caridad y de verdad, se sirve también de él como de instrumento de la redención universal y lo envía a todo el universo como luz del mundo y sal de la tierra» (LG 9). Esto somos, queridos hermanos, esto tenemos que ser si de veras queremos construir la Iglesia. Yo quiero ratificar que la razón de mi predicación, que la razón de nuestras reuniones y de nuestras reflexiones cristianas en torno de la palabra de Dios tienen esta finalidad de que cada día nos vayamos constituyendo más como pueblo de Dios, como seguidores de Cristo, sintiéndonos de verdad germen segurísimo de unidad, de esperanza y de salvación. Que el mundo, que nuestra patria, sepa sentir en los grupos cristianos no gente sospechosa, sino gente que de verdad sea luz del mundo y sal de la tierra”.

(Monseñor O. Romero, Homilía del 29 de octubre de 1978).



Lee el Evangelio de san Juan 13, 1-17.

Medita el texto y contesta.

¿Qué significa para mí ser servidor(a)?

¿A quién, de manera especial, debo lavar los pies?

Haz la siguiente oración:

Señor Jesucristo, Camino, Verdad y Vida, rostro humano de Dios y rostro divino del hombre, enciende en nuestros corazones el amor al Padre que está en el cielo y la alegría de ser cristianos.

Ven a nuestro encuentro y guía nuestros pasos para seguirte y amarte en la comunión de tu Iglesia, celebrando y viviendo el don de la Eucaristía, cargando con nuestra cruz. y ungidos por tu envío.

Danos siempre el fuego de tu Santo Espíritu, que ilumine nuestras mentes y despierte entre nosotros el deseo de contemplarte, el amor a los hermanos, sobre todo a los afligidos, y el ardor por anunciarte al inicio de este siglo.

Discípulos y misioneros tuyos, queremos remar mar adentro, para que nuestros pueblos tengan en Ti vida abundante, y con solidaridad construyan la fraternidad y la paz.

**Escucha el canto Firmes en la Fe
(Himno de la JMJ 2011) #firmesenlafe#JMJMadrid**

**Firmes en la fe, firmes en la fe,
caminamos en Cristo, nuestro Amigo, nuestro Señor.
¡Gloria siempre a Él! ¡Gloria siempre a Él!
Caminamos en Cristo firmes en la fe. (2)**

Tu amor nos edifica y nos arraiga,
tu cruz nos consolida y fortalece.
Tu carne nos redime y nos abraza,
tu sangre nos renueva y nos embriaga.
Oh, Cristo, nuestro Hermano,
oh, Cristo, nuestro Amigo,
nuestro Señor.
¡Haznos firmes en ti.(2)

Tu aliento es el Soplo de lo Alto,
tu risa es el signo de la gracia.
Tus llagas son amores encendidos,
tus penas son el precio de mi alma.
Oh, Cristo, nuestro Hermano,
oh, Cristo, nuestro Amigo,
nuestro Señor.
¡Haznos firmes en ti.(2)

Tus jóvenes caminan con María,
que canta como novia engalanada.
Con ella cantaremos tu victoria,
la muerte ha sido ya aniquilada.
Oh, Cristo, nuestro Hermano,
oh, Cristo, nuestro Amigo,
nuestro Señor.
¡Haznos firmes en ti.(2)



Ideas para el trabajo



- Investiga qué grupos y ministerios existen en tu parroquia o colegio. Elige tres (3) e investiga de qué manera construyen el cuerpo de Cristo.

Grupo:

Construyen el Cuerpo de Cristo:

Grupo:

Construyen el Cuerpo de Cristo:

Grupo:

Construyen el Cuerpo de Cristo:

